

## LOS TRES BRAZOS DE LA VIDA

Con el corazón arrugado y dos lágrimas que se escapan de mis lacrimales, consigo retornar a casa. Dos grandiosas personas se me cruzaron por el camino. No llegaban al metro sesenta ninguno de los dos. La edad empequeñece de estatura, pero siguen siendo grandes. Entrañables, valientes, admirables paseaban. Ella agarraba fuerte del brazo a su esposo. Casi no se tenía en pie sin el apoyo de él. De la misma edad, rondando los ochenta y tantos, él sujetaba de su esposa. Unidos, una hermosa pareja por tres brazos; el brazo izquierdo de ella, el derecho de él, y un brazo conjunto formado por la unión de los dos. Uno sin otro, no caminan...

A ella le brillaban los ojos todavía, enamorada, y se sostenía fuerte con la cabeza mirando hacia arriba, orgullosa de su esposo. Él, protegiendo a lo que más quiere, su esposa.

Con el pelo canoso, lucía repeinada y vigorosa una camisa de tela fina con pequeñas florecillas, falda hasta la rodilla y zapatos negros con un centímetro de tacón más o menos. Labios maquillados de carmín rosa palo. Él, portaba una camisa azul cielo bien planchada con el cariño de ella y pantalones azul oscuro con la raya bien definida. Zapatos negros típicos de los que suelen llevar la gente mayor por su comodidad.

Pasito a pasito, despacio, con tranquilidad, paseaban por la calle principal, mezclándose entre el gentío de la juventud. Pero destacaban por su belleza conjunta. Entre tantos comercios llamativos, tantas farolas iluminando la calle, tantos jóvenes sentados abarrotando las terrazas, niños gritando y jugando, parejas discutiendo, amigos abrazándose... me he fijado en ellos. Iban tan solo paseando, disfrutando de caminar sin una meta fijada. Pisando con sus delicados pies el asfalto.

Me ha sido imposible evitar emocionarme. Me ha brotado la envidia inevitablemente. El mundo era de ellos; caminando felices con una larga vida ya a sus espaldas y pocos años inevitablemente para la muerte. Sin miedo a nada. Se tenían el uno al otro... y lo demás sobraba. Se adoran, el uno al otro. Se respetan, el uno al otro.

Tal vez ya hayan cumplidos sus bodas de titanio. Y ahí seguían, tan enamorados como dos quinceañeros, adorándose el uno al otro.

No eran dos viejecitos cualesquiera. Eran el recelo de cualquiera. Mi respeto y admiración es para ellos.